



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS DE ETIOPÍA Y ERITREA, REUNIDOS EN ROMA

Miércoles 27 de abril de 1999

Queridos hermanos en el episcopado:

Lleno de confianza en el Señor, saludo cordialmente al cardenal Paulos Tzadua, arzobispo emérito de Addis Abeba, y a los pastores de la Iglesia que está en Etiopía y Eritrea. El estallido de las hostilidades entre vuestros respectivos países no os permite reuniros allá; por eso habéis venido a Roma para realizar vuestra asamblea como Conferencia episcopal. Sobre la base de las reflexiones y las propuestas de vuestra visita *ad limina* de septiembre de 1997, procuráis consolidar ahora vuestra colaboración acerca de muchas cuestiones comunes para el bien de vuestras Iglesias particulares.

La creación del Estado independiente de Eritrea y el consiguiente período de paz y amistad entre vuestros países fueron signos de esperanza, después de décadas de revueltas armadas. Esta transición de la agresión militar a la armonía fraterna animó a otras naciones de África, y la Iglesia misma compartió la satisfacción de vuestros pueblos y gobiernos por las nuevas perspectivas de mutua comprensión y progreso que se presentaban. Por eso, el estallido de las hostilidades, durante la primavera pasada, no podía haber causado mayor dolor, como he dicho en muchas ocasiones, exhortando a volver a las negociaciones y a la concordia. Como obispos y pastores de la Iglesia católica en Etiopía y Eritrea, estáis preparando ahora un mensaje de paz que vais a dirigir a vuestro clero, a los religiosos y a los laicos, así como a todos los etíopes y eritreos de buena voluntad. La Iglesia entera está con vosotros y apoya todos los gestos de paz y todos los esfuerzos encaminados a restablecer la unidad y la fraternidad.

La guerra trae como consecuencias únicamente tragedia y desesperación, ocasionando víctimas inocentes y destruyendo vidas y hogares, familias y pueblos. Repito con urgencia lo que he dicho muchas veces en el pasado: hay que promover cualquier alternativa a la guerra. Dios ha

bendecido a sus hijos con una inteligencia y una creatividad que pueden resolver tensiones y conflictos, y que pueden construir una sociedad cuya piedra angular sea el respeto a la dignidad inalienable de toda persona humana.

Sé que los fieles católicos de rito oriental y latino de Etiopía y Eritrea comparten esta convicción, y estoy seguro de que los miembros de las demás Iglesias y comunidades eclesiales en vuestros países piensan de la misma manera.

De igual modo, vuestros hermanos y hermanas musulmanes, así como los seguidores de las religiones tradicionales africanas, están afrontando los mismos sufrimientos y adversidades del momento actual, y también ellos anhelan la paz y la seguridad. Queridos hermanos en el episcopado, tenéis el deber de construir sobre estos sentimientos comunes e impulsar toda iniciativa con vistas a restablecer la armonía y la amistad que han caracterizado en el pasado las relaciones entre vuestros países. La Iglesia católica en todo el mundo os sostiene en esta tarea y no escatima esfuerzos en la promoción de la solidaridad y la coexistencia pacífica entre los pueblos.

Mientras se acerca cada vez más el gran jubileo del bimilenario del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, reafirmamos nuestra fe en que «Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu, para que pueda responder a su máxima vocación» (*Gaudium et spes*, 10). Por tanto, os invito a abrir vuestro corazón a las inspiraciones del Espíritu Santo y a guiar con valentía al pueblo que Dios ha encomendado a vuestro cuidado pastoral. Inculcadles la santidad de vida y el conocimiento del Evangelio, lo único que puede convertirlos en testigos de la verdad, la justicia, la buena voluntad y la fraternidad universal, que son los elementos fundamentales de la paz.

Ruego por vuestros países y vuestros líderes, para que el corazón de todos vuelva al camino del diálogo y la paz. Renuevo mi exhortación a la comunidad internacional a que preste ayuda de un modo que respete plenamente la independencia de vuestros países y la dignidad de vuestros pueblos. Una manera concreta de alcanzar este objetivo es la aplicación inmediata del Plan de paz propuesto por la Organización de la Unidad Africana y ya aceptado por ambos gobiernos.

Encomiendo a la Iglesia que está en Etiopía y Eritrea a la intercesión de María, Madre del Redentor, que hace dos mil años trajo al mundo la Palabra encarnada, la luz de las naciones. Ella os obtenga a vosotros, pastores, a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos de vuestras Iglesias particulares, el consuelo de la gracia y la fuerza de la fe, la esperanza y el amor, que os sostendrán a todos en las dificultades actuales. «Jesucristo, único Salvador del mundo ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8), sea en todo tiempo vuestra esperanza y vuestro aliento.

Como prenda de mi solicitud por vosotros, y con la seguridad de mi solidaridad en la oración, os imparto cordialmente mi bendición apostólica.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana